

llo: «Yo vine a darme lo que acaso estuvo / asignado para otro; / Y pienso que, si no hubiera nacido, / otro pobre tomara este café! / Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!». ¹²

Pero entre penurias, viajes relámpagos entre París y Madrid, proyectos que no cristalizaban y días largos sin pan, el poeta peruano fue conociendo gente en España. Primero fue Larrea, su gran amigo vasco, al que conoció en 1924 en París, y quien le resultó un buen introductor en el mundo literario español, en especial, para los hombres de la generación de Vallejo. Pero otros escritores como Manuel Bueno, o pintores como Gris, fueron sus amigos en Francia. Y en esas estancias de dos y tres días, que hizo en Madrid cada dos meses y a lo largo de dos cursos académicos, se nutrió de conocidos. Guillermo de Torre, Gerardo Diego, José Bergamín, García Lorca, son algunos de los muchos que frecuenta. También, y esto en muy raras ocasiones, desde Madrid hace algún tímido desplazamiento hacia Toledo, Aranjuez o El Escorial. Y tiene grandes deseos de visitar Andalucía o de recorrer mucho más y mejor Castilla. Cosa que hará años más tarde.

II

El Vallejo que escribe *Trilce*, es un ser espiritualmente libérrimo. Que está sufriendo lo indecible en la cárcel de Trujillo, al norte del Perú. Donde ha sido recluso injustamente por un delito que él no cometió. Que se le adjudicó por turbias maniobras políticas. Además, entre 1919 y 1922, años en los que trabaja en los LXXVII poemas de que consta ese libro, le ocurren desgracias de tal intensidad que bien puede variar la perspectiva de su vida. La muerte de su madre, es una de ellas. La pérdida de su trabajo docente, en Lima, otra. Algunos desastres sentimentales. Y, por supuesto, la huella de la cárcel que jamás se apartará de su memoria, y que fue motivo importante en su decisión de abandonar el Perú. Sumemos a todo eso, su franciscana pobreza llevada con dignidad desde la niñez. Pero, al margen de la tragedia particular del poeta, que está conmocionado de tristeza, tristeza que se refleja en el poemario, son otros los elementos que también influyen en su pensamiento y en su sensibilidad.

La I Guerra Mundial afectó a todo el universo. La literatura, como siempre, ante un acontecimiento de esta magnitud, recibió los impactos. Otra poesía y otra narrativa comenzaban a surgir. Hasta las costas peruanas ya había cesado de llegar el verso modernista, y la invasión de los ismos era abrumadora. Vallejo absorbe dolor y nuevas técnicas. Su espíritu se empapa de tragedia y escribe bajo esa conmoción. Su inteligencia capta las nuevas formas, y aunque no las sigue religiosamente, algo de ellas le interesa y practica. Pero es fundamentalmente un espíritu libre. Un ser que se da a la humanidad, pero que lucha por conservar su impronta muy personal. Y *Trilce*, refleja esa actitud. como señala el profesor Luis Monguió: «...es indudable que su literatura es esencialmente autobiográfica, en el sentido de autobiografía espiritual...» ¹³ Hace esta referencia, precisamente, con respecto al segundo libro de poemas de Vallejo.

¹² «El pan nuestro», dedicado a Alejandro Gamboa. Formando parte de «Truenos», uno de los apartados de *Los heraldos negros*.

¹³ Luis Monguió, César Vallejo. Vida y obra, *Edit. Perú Nuevo*, 1956.

Aunque el poeta peruano no volvió a Madrid desde el verano de 1927, y se mantuvo en París, con los mismos problemas de salud y dinero, que se le conociesen en años anteriores, en España se habló de él. Fue motivo de preocupación para unos hombres jóvenes, en especial: Juan Larrea, José Bergamín y Gerardo Diego. Y de esas conversaciones surgió el motivo para que Vallejo volviese a visitar Madrid. Fue la reedición de su *Trilce*, que había encantado a Diego y Bergamín y, por supuesto, a Larrea que fue quien proporcionó esta lectura a los otros dos poetas. El mismo Larrea cuenta: «En septiembre de 1929, cuando a punto de emprender viaje al Perú fui de Francia a España para despedirme de los míos, llevé conmigo dos libros de poemas de Vallejo, *Los heraldos negros* y *Trilce*. Lo hacía así animado por la esperanza de que se pudiera intentar algo allí favorable para César en este orden poético de valores. Veía a mi amigo más y más entregado a su reciente pasión por las cuestiones sociales y me parecía conveniente venir en su ayuda atrayendo su interés hacia el otro aspecto en mi sentir más importante de su personalidad, descuidado por completo. Su inactividad ya crónica no era lo peor. Más grave me parecía su creciente falta de interés hacia las realidades de esa naturaleza profunda. De no encontrar algún medio que contribuyera a enderezarlo, se corría el peligro de que la Poesía lo perdiera para siempre».¹⁴

Esos dos libros que menciona Larrea, van a dar primero a manos de Gerardo Diego, quien luego los hace llegar a Bergamín. Es éste el que tiene más contactos editoriales, y quien se interesa por reeditar *Trilce*. Larrea sigue relatando: «Bergamín me hizo saber que siempre que el interesado estuviera conforme, él y Gerardo, podrían casi seguramente conseguir que en Madrid se hiciese una segunda edición de *Trilce*. —¿Remunerada? —Remunerada».¹⁵ Las apreciaciones de Larrea sobre el camino político que toma Vallejo, y sus descuidos poéticos, serían motivo, más adelante, de polémicos artículos entre él y Georgette.

Cuando Larrea trataba con sus dos amigos la posibilidad de ayudar a Vallejo publicando uno de sus poemarios, el poeta peruano ya había visitado la Unión Soviética en dos oportunidades, y reunido gran cantidad de apuntes que se fueron convirtiendo en artículos y pocos años más tarde, en libro. El primer viaje lo realizó solo. Haciendo el recorrido en tren directamente de París a Moscú. Y más que movido por ideas políticas, ganado por la necesidad de hallar un suelo que le proporcionase una vida mejor. Pero no estuvo ni un mes en la capital rusa. Antes de salir se despidió por carta de varios de sus amigos. A Pablo Abril le confiaba: «En medio de mi convalecencia, me siento otra vez, y acaso más que nunca, atormentado por el problema de mi porvenir. Y es, precisamente, movido del deseo de resolverlo, que emprendo este viaje. Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es éste ni aquél y que aún no he hallado mi camino. Quiero, pues, hallarlo. Quizás en Rusia lo halle, ya que en este otro lado del mundo

¹⁴ En el artículo «La edición madrileña de *Trilce*». En el prólogo de esta edición madrileña, José Bergamín sostenía: «... una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. [...] Vallejo tuvo un logro profético, adelantándose con ingenua espontaneidad verbal de poesía recién nacida: y adelantándose tanto, que hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias».

¹⁵ *Ibíd.*

donde hoy vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuercas de América». ¹⁶

Diez días más tarde, el 29 de octubre de 1928, le escribía al propio Abril de Vivero, desde Moscú, manifestándole agrado por lo que había conocido y amargura por no poder quedarse en esa ciudad: «No creo que podré quedarme en Moscú. Lo del idioma es terrible». (...) «Lo del Soviet es una cosa formidable. Más todavía: milagrosa». ¹⁷ Su nuevo viaje a la Unión Soviética un año más tarde fue mucho más prolongado, sin ánimo de quedarse, y sí con el deseo de conocer mundo. Además, lo acompañaba Georgette. Tuvo oportunidad de visitar, aparte de Rusia, Checoslovaquia, Alemania, Austria, Hungría, Italia y el sur de Francia, que no conocía.

Esos dos viajes lo habían enriquecido culturalmente, pero en nada habían conseguido mitigar su penuria económica. Por ese hombre ansioso de saber, necesitado de ofrecerse a la humanidad, y denodado luchador de un espíritu rotundamente libre, se interesaba Larrea en Madrid. No comprendía plenamente a su amigo, y temía saberlo apartado para siempre de la poesía. Pero se equivocaba, Vallejo era poeta escribiendo o sin escribir. Su amargo dolor que su ternura traducía en verso más próximo al amor que a la ira, no iba a cesar jamás. El poeta estaba plenamente asegurado.

Enterado Vallejo de las altas posibilidades de que se publicara *Trilce* en Madrid, le escribe a Diego, con fecha 16 de diciembre de 1929, agradeciéndole cuanto haga por esa reedición, y pidiéndole que haga llegar sus gracias a Bergamín. Pero solamente medio año más tarde, Diego le anuncia a Larrea, quien se halla en Perú, que el libro está por salir, y le da, también, noticia de la presencia de Vallejo en Madrid: «Vallejo se me presentó en el hotel de Madrid inopinadamente. Le presenté a Bergamín e hicieron las grandes migas. Pasó un mes en España, entre Madrid y Salamanca, con su mujer. *Trilce* creo que está en prensa, *Editorial Plutarco*. Supongo que habrá cobrado ya las 1.500 pesetas, todos sus derechos por la edición porque ésas eran las condiciones. Lleva un prólogo de Bergamín y un poema mío». ¹⁸

Vallejo había llegado a Madrid, procedente de París, y acompañado de Georgette, en abril de 1930. Y tras unos días en esa ciudad ambos se dirigieron a Salamanca. Y sólo a la vuelta, visitaron a Diego en su hotel. Justifica la presencia del poeta en España su epistolario y, en especial, una carta que le envía a Pablo Abril desde Salamanca, con fecha 24 de abril de 1930. No obstante Georgette, con respecto a este viaje anota: «En mayo viaja a España, con ocasión de la reedición de *Trilce*» y más adelante señala: «En Madrid, Vallejo conoce a Corpus Barga, Marichalar, Alberti, Pedro Salinas, entre otros. Viaja a Salamanca donde conoce a Miguel Unamuno. Visita Burgos, León, Toledo. Pasa una semana en San Sebastián y regresa a París en los primeros días de junio». ¹⁹

Larrea, en sus apuntes biográficos sobre Vallejo, también señala el mes de mayo para la llegada del poeta a España. Sin embargo el correo vallejiano aclara que la visita fue

¹⁶ Ob. cit., carta núm. 139, p. 185.

¹⁷ Ob. cit., carta núm. 142, p. 187.

¹⁸ Ob. cit., carta núm. 172, p. 209.

¹⁹ Ob. cit., carta núm. 186, p. 222.